



Dolores

Rebeca Mata







A la memoria de mi abuela Dolores





DOLORES

La enfermedad y la edad son canijas, nos extinguen y nos inscriben, a la fuerza, en una carrera hacia la orfandad. Nos regresan a la infancia, hasta una edad en la que dependíamos por completo de nuestra madre. Ahora extrañamos sus cuidados y su amor. Arrojados en la cama como niños, estiramos los brazos inútilmente, con los ojos fijos en la blanca pantalla que se cierne sobre nosotros. Allí jugamos con todos los recuerdos que somos capaces de pescar en los lagos de la memoria y, a veces, reinventamos sólo por pasar el rato infinito, las horas perdidas.

La orfandad temprana ha sido motivo de mis libros, búsqueda interminable de mi propia identidad y origen de mi vida. Desde el vientre materno supe lo que eran el desamparo y la soledad. Podía escuchar la voz de mi madre pidiéndole a Antonio Márquez que no la abandonara, reclamándole sus múltiples viajes como médico de la Cruz Blanca Neutral. En esas travesías se dedicó a curar, a atender partos de gente desamparada y a esparcir sus ideas políticas. Miembro fundador de la Cruz Blanca desde abril de 1911, participó ayudando a los heridos maderistas durante la Revolución. La Cruz Roja Internacional tenía el apoyo del gobierno, por lo que un grupo de médicos fundó la Cruz Blanca para atender a todos los soldados lesionados, sin importar el bando al que pertenecieran. En el norte mi padre, con grado de mayor, formó parte de la primera brigada de esta institución y se puso a las órdenes de la causa revolucionaria. Estuvo presente en la toma de Ciudad Juárez. Curó heridos zapatistas en Cuernavaca y en Veracruz. Con el triunfo de Madero regresó a la ciudad de México.

Llevaba en la sangre el lema de la Cruz Blanca Neutral: “Por la humanidad”.

La mañana del 13 de febrero de 1913, primer día de la Decena Trágica, al oír las descargas en la plaza de la Constitución, el doctor Márquez preparó su maletín para encaminarse al lugar de los funestos acontecimientos. Atendió a un herido, miembro del gremio de los ferrocarrileros, salvándole la vida. Al terminar la curación, durante un segundo tiroteo, recibió un balazo en pleno rostro. Murió en cuestión de minutos. A mi madre le avisaron que estaba muy grave. Cuando llegó a la sede de la Cruz Blanca, que entonces estaba en Donceles, lo encontró muerto y cubierto de sangre sobre una mesa, envuelto en una bandera de la institución. Le habían robado el reloj, los zapatos y la vida. A los cuarenta años se convirtió en el primer mártir de la Cruz Blanca.

Ahora era mamá Rebeca quien, “por la humanidad”, quedaba desabrigada para siempre, con una criatura en el vientre y otras tres que se agarraban confundidas de sus manos.

—¿De qué sirvieron tus recorridos y tus ideales —lloraba—, si nos dejaron perdidos y llenos de homenajes vacíos? Ahora tengo, en tu lugar, la pensión que se entrega a las viudas de los héroes de la patria; una estatua tuya, Antonio, en la que te vemos sosteniendo en brazos a un herido. Ésta perpetuará tu memoria en el cementerio del Tepeyac; una placa en el Zócalo de la capital señala el lugar exacto donde caíste, atravesado por una bala perdida cuando cumplías con tu deber, y dos calles con tu nombre te recuerdan: por ellas transito de día y de noche buscándote sin esperanza.

En tales condiciones mi madre no quería un bebé que vendría a complicarle la vida. El tío Alfonso Márquez, hermano de mi padre y sin hijos, le ofreció hacerse cargo de mí. Prometió legarme su casa, su nombre y su fortuna. De momento mi madre aceptó, pues se encontraba presa de gran confusión.

La mañana del 30 de octubre de 1913, ocho meses después del fallecimiento de mi padre, mamá Rebeca me conoció y renunció

a la idea de abandonarme; lucharía sin descanso para sacar adelante a su familia. El tío Alfonso llegó a la casa reclamando a la recién nacida. Iba con su esposa y llevaban unas cobijitas para envolverme. Mi madre le dijo: “¿Qué se ha creído? Usted no se lleva a mi hija a ningún lado, mi niña no es un perro...”

Mis tíos se fueron muy disgustados, con las manos vacías. La situación debió ser muy triste, pues se habían hecho muchas ilusiones: tenían todo listo para recibirme. Durante ocho meses mi tía confeccionó ropa, chambritas y sábanas bordadas. A partir de ese momento, mamá no volvió a recibir ayuda de la familia Márquez. Había faltado a su palabra. Años después los Márquez se enteraron de nuestros apuros económicos y de la mala salud de Rebeca, pero jamás le perdonaron la afrenta ni volvieron a extenderle la mano. Al contrario, antes de morir, mi padre les había dado a guardar una caja con monedas de oro; cuando mamá fue a recogerlas, la hicieron esperar en la puerta y le entregaron una caja pesada que no quiso abrir en la calle. Al llegar a casa la encontró llena de piedras y de dinero revolucionario, de esos billetes sin ningún valor que llamaban *bilimbiques*.

Mi madre me aceptó con valor, pero a regañadientes. Me bautizó con el nombre de Dolores, como si hubiera traído conmigo todas las penas que le había causado la muerte de mi papá y las aflicciones que le depararía su condición de viuda.

Por motivos económicos, nos trasladamos a una vecindad en la calle de Violeta, en la colonia Guerrero. Ocupamos la “casa grande”, como se llamaba entonces a los cuartos principales de la vecindad, y cuyos inquilinos, por lo general, se encargaban de la organización de todos los residentes. Rebeca llegó conmigo en brazos, Becky de tres años, Lupe de cinco y Juan Antonio de seis. Nunca dejó de ser la viuda del doctor Márquez. Así le gustaba que la llamaran, todo completito. Recorrió los mismos caminos de su esposo desaparecido, ayudó a parientes y vecinos, quienes siempre le correspondieron con agradecimiento.

Rebeca lloraba con desconsuelo. Renegaba mucho a pesar de que mi padre le dejó un medio de subsistencia. El doctor Márquez se había asociado con un farmacéutico, el señor Loaiza, y había ideado una técnica para tratar la adicción a diferentes drogas. Mi padre escribió una carta, que aún conservo, en la que expone lo siguiente: “Algunas personas se han curado de morfinomanía o narcomanías por mi método y medicina; esta experiencia suele autorizarme para publicar los testimonios de su curación. El método permite ayudar a los pacientes para que se liberen de dichos males con facilidad en su propia casa y sin sufrir los trastornos y accidentes de los métodos generalmente seguidos. Tendrán la posibilidad de curarse sin penas ni sacrificio...”

Rebeca empezó a aplicar la terapia. La cura iba disminuyendo la cantidad de droga en cada aplicación, hasta que los pacientes se liberaban de su esclavitud. Por la casa pululaban toda clase de seres miserables y extraños, flacos con rostros pálidos y ojos desorbitados. Su único objetivo era salir de allí con alguna esperanza y la dosis de estupefaciente en la sangre que les permitiera resistir hasta la siguiente visita.

Tiempo después, cuando mi madre por fin levantó cabeza, sufrió el primer revés: se la llevaron detenida a la penitenciaría por practicar la medicina sin licencia y traficar con drogas. Fueron momentos angustiosos y oscuros para nosotros, pero por suerte salió del apuro asociándose con un médico, amigo de mi padre, quien desde entonces avaló la aplicación del régimen. Nunca quiso contarnos nada de los días en la cárcel. Era muy orgullosa. En esa época encerraban a la gente quince días y luego la soltaban. A nosotros nos dijeron que se había ido de vacaciones. Fueron unos amigos de papá quienes pagaron la multa y la sacaron.

La bonanza económica había llegado junto con el tratamiento, pero más tarde volvieron los tiempos malos. Con las restricciones a la venta de drogas, mi madre acabó por abandonar el negocio y

tuvimos que subsistir con la pensión de 250 pesos que recibía del gobierno.

Mi madre, además de inteligente, podía ser fuerte, dominante y avasalladora. A pesar de no contar con una formación profesional logró, sin salir del hogar, orientar los pasos de toda su familia.

Nuestra situación se hizo aún más precaria cuando mi madre perdió la ayuda económica del gobierno después de un conflicto entre éste y los pensionados. En mi casa no había qué comer, pero teníamos servidumbre: dos criadas y un mozo. Este trío de infelices pasaba tanta hambre como nosotros. Mi madre se avergonzaba de nuestra pobreza, y para esconder este sentimiento presumía a su difunto esposo. Hablaba de las disertaciones políticas de papá en el periódico *El Imparcial*. Además se preciaba de ser descendiente de los condes de San Pedro Piedra Gorda. En realidad, quien había heredado el título era un primo hermano suyo y el lugar no pasaba de un pequeño pueblo en los alrededores de un mineral en Zacatecas: nada de castillos ni palacios. Más que aristócrata, a mí eso de la “Piedra Gorda”, me parecía bastante plebeyo y me abochornaban tantos aires de nobleza. Esto era por parte de los Elías, el apellido de mi madre, que por cierto también se decía pariente de don Plutarco Elías Calles. Por el lado de los Márquez se jactaba de mi abuelo paterno, el licenciado Cenobio Márquez Goyeneche y Carrizosa, secretario particular de Juárez, y de mi tío abuelo Vicente Fermín Márquez Goyeneche y Carrizosa, primer obispo de Oaxaca. ¡Qué cosa curiosa estos dos hermanos: uno liberal y el otro conservador!

Rebeca sufrió mucho al quedarse sola, y para encontrar algún consuelo organizó un club de mujeres viudas. Se apoyaban unas a otras y, cuando no vivían en la misma ciudad, mantenían correspondencia. Una carta mensajera de su dolor dice:

Las viudas en su ocaso,
las huérfanas de amor,

tristes y abandonadas
llorando su dolor.
Las ilusiones muertas
hundidas en su tumba,
las almas ateridas,
llorando en la penumbra.

Mi madre le guardó siempre rencor a la familia Márquez por aquello de que nunca le tendieron la mano. Mi padre se había casado con ella en segundas nupcias. La primera esposa murió de parto y dejó a una niña que siempre vivió con los Márquez. Cuando falleció papá, mi media hermana Inés se apareció para reclamar parte de la pensión de viudez. A pesar de sus apuros económicos, mamá se vio obligada a entregarle 50 pesos mensuales: Rebeca decía que era lo justo, pues Antonio Márquez también había sido su padre.

Ayudar, curar, alimentar, parecían las consignas que colgaban invisibles de las paredes de mi casa. ¡A cuántos pacientes he visto con expresiones que me recuerdan las de aquella pobre gente, más pobres que nosotros entonces! Se puede sobrevivir sin padre y con pocos centavos, pero no sin espíritu.

Huérfano temprano es aquel que sufre la pérdida de uno de los progenitores entre el momento del nacimiento y los siete años de edad, es decir durante el tiempo en el que el desarrollo emocional tiene lugar como proceso y, por lo tanto, cualquier acontecimiento es determinante para la integración del aparato psíquico.

La orfandad de padre es mala, pero no siempre desastrosa, se presentarán problemas de identidad si el niño es varón, y de elección de pareja si es mujer. Ambos idealizarán lo perdido y nada de lo alcanzado satisfará sus anhelos, pues el modelo que la fantasía ha creado en la mente del huérfano es de tal manera alto que jamás logrará emularlo.

Nos mudamos de nueva cuenta. Guardo un recuerdo visual de esta casa, con un corredor muy largo en la entrada y habitaciones comunicadas entre sí. Al fondo había una higuera. Empezamos a mejorar luego de una época de mucha penuria en la que hasta piojos tuvimos. Recuperada la pensión de mi madre, vivimos en Nonoalco, una colonia muy humilde y de rumbos feos. Pero éramos “gente”, como se decía entonces de las personas honradas. Yo fui una niña muy cuidada. Al principio no me dejaban jugar con los demás chicos, no nos mezclábamos con otros. A pesar de la cercanía de la estación de ferrocarril, el lugar no era muy ruidoso y había poco tráfico de trenes porque la terminal era de carga. El área en que se descargaban los furgones se encontraba en la parte posterior, cerca de la barda. Me escapaba para ir a comer fruta. Trepaba la tapia junto con los demás escuincles y desde allí cachábamos los plátanos que los macheteros nos aventaban desde los carros.

En mi hogar hubo una falta absoluta de padre, pero crecimos con exceso de madres. En la casa vivieron, desde antes de la muerte de mi padre, mi tío Juan que era ferrocarrilero, la abuela materna y las tías María y Teresa, hermanas de mamá. Crecí consentida por la tía Teresa, Tete. Algunos huérfanos tempranos tienen la suerte de contar con una madre o un padre sustituto, y aunque en mi caso quien murió fue mi padre, mamá parecía rechazarme, era muy seca conmigo. La solterona Tete me prodigó el cariño y los cuidados que no pudo darle a ningún hijo. Tenía mal genio, pero me adoraba y me consentía mucho. Dormía con ella y correspondía a su amor llamándola “mamá Tete”. Yo era muy remilgosa para la comida y si me daba la gana alimentarme de fresas todo el día, Tete se encargaba de cumplir mi capricho. Ella fue la que me salvó del naufragio, pues me enseñó el amor y la ternura. El drama fue que teniendo a esta madre suplente cariñosa y protectora, no la aprecié lo suficiente. Mi anhelo era lograr el amor de Rebeca, a quien tanto admiraba, pero ella me lo negó constantemente. La situación

en la casa era difícil, pero siempre tuvimos techo, educación y algo de comida, aunque hubo tiempos ingratos en los que comíamos migas, chilaquiles o un poco de arroz y frijoles.

Mi juego preferido era el burro. Era buena para lanzar el trompo, el balero y tirar las canicas, aunque estos juguetes siempre fueran prestados. Siempre me parecieron más interesantes los juegos de hombres que los de mujeres, y resulté muy buena para organizar la diversión. Me cortaron el cabello muy chiquito y me traían de pantalones a pesar de que en esa época las mujeres no usaban más que vestido. Así me salía a la calle a corretear.

A los siete años jugaba béisbol en la calle con palos y unas pelotas de hilo hechas por nosotros. Era muy hombruna. Nunca tuve juguetes propios. Cuando mi hermano Juan Antonio regresaba de la escuela, me agarraba de los tirantes del overol y me llevaba en vilo hasta la casa. Allí me aventaba sobre una cama y reñía con las tías: “¿Por qué dejan que salga a la calle este muchachillo?” Todos los niños me respetaban, era la líder del grupo y llegué a ser no sólo la dirigente de los juegos infantiles, sino de toda la familia. Desde ese momento cumplí con el papel que sentí me había asignado mi madre: sustituir al padre que la familia había perdido.

Me distinguía del resto de los chamacos por estar invariablemente limpia. Todos andaban sucios y con la ropa manchada, las caritas llenas de mugre y las manos negras. Yo me las ingeniaba para mantenerme aseada, pues en esa época el baño diario no era común. A pesar del frío, me lavaba en un barril donde se recolectaba el agua de lluvia. El día que tuvimos agua corriente comencé a bañarme bajo el grifo. Por esta razón llegué a padecer enfermedades respiratorias con cierta frecuencia. Como era de piel blanca y cabello castaño claro, los escuincles me gritaban muy a menudo: “Güereja, cara de teja de jabón”, porque nunca tenía chapas y los jabones eran amarillos. Puede que de allí haya yo tomado la idea de que era una niña fea pero pulcra, pues me comparaba con mi hermana Lupe, a la que siempre estaban chuleando.

Tengo un sueño que me ha perseguido toda la vida. No sé si era una obsesión por el baño: me veo enjabonada y se me acaba el agua, o se inunda la regadera y se termina el jabón. El hecho es que nunca termino de bañarme y no puedo deshacerme de la mugre. Pienso que se relaciona con esa sensación que tenemos los huérfanos: por culpa de uno se pierde al padre o a la madre. Tal vez por eso me lavo una y otra vez, intentando librarme de este pecado inconsciente.

Era una chiquilla simpática y dicharachera. Tenía tres años cuando el mozo, Luis Milanés, me llevó por primera vez a un periódico que estaba en Bucareli. Allí andaba de mano en mano de los reporteros, que eran amigos suyos. En ese lugar conocí a Regino Hernández Llergo y a Gabino Palma.

Años más tarde, ellos me dieron una muñeca, único regalo de Reyes que recibí en la infancia. Ya más grandecita, en cuanto pude leer, pusieron en mis manos *El Quijote*. Fue el primer libro que leí. A menudo empeñaban diversos objetos en mi casa, por lo que ante la amenaza de perderlo, poco a poco fui aprendiendo de memoria páginas enteras.

No tengo recuerdo de mi padre, como no sean las remembranzas de mi madre, en las que predomina la tristeza por el tiempo perdido; otras personas me han contado historias sobre él, pero no sé cuánto de verdad haya en ellas. La ausencia de papá determinó el exceso de control de mi madre. En el presente reconozco con dolor, por no haberlo disfrutado, que lo más importante para ella eran sus hijos. Ahora veo que me he pasado la vida corriendo por una calle (la que lleva el nombre de mi padre, Dr. Márquez), para alcanzar una estatua (la que está en el cementerio del Tepeyac) para encontrar al final una puerta cerrada, que simbolizo en mi analista: Santiago. No sé por qué oscuras razones él me ayudó a destruir la imagen de mi madre, pero nunca tocó mi orfandad temprana. Yo era apenas un embrión cuando mataron a mi padre. Hoy en día casi he recuperado la figura de mi madre, que fue una

gran mujer, pues me hizo lo que soy. Poseo muchas evocaciones, pocas memorias, sólo hay que ponerlas en su sitio para que tome forma mi propia existencia. Pero “nunca es tarde el bien cuando llega”, la vida compensa aunque sea por poco tiempo.

El ser humano siempre tiende a la salud. Hay llagas difíciles de curar, como las de la frustración por no poder dedicarse a lo que uno quiere, o no poder estar cerca del ser amado. Algunas dolencias las remedia el tiempo y la resignación. Otras, la comprensión de los problemas o incapacidades de aquellos que nos han lastimado. Ciertas cicatrices nos indican que allí hubo daño, pero la memoria nos traiciona escondiendo las causas de estas marcas. Para la curación de estas últimas, es necesario hacer un análisis a fondo de nuestra existencia, entenderla y, con ayuda del psicoanálisis, ponernos en camino hacia la sanidad. En ocasiones nos encontramos con que las heridas sufridas han sido tan profundas que muchas veces son irremediables. Lo vemos en el primitivo cansancio de la vida de nuestros pacientes que caminan con trabajo, arrastrándose como sonámbulos despiertos, en cuyos abismos quisiéramos penetrar y sacudirlos para que las blasfemias acumuladas en su espíritu se transformen en un grito que les traiga algún alivio. También hay traumatismos que vamos lamiendo como animales hasta ponerles fin, al cambiar nuestra conducta y realizar algunos de los sueños extraviados. Hay otras lesiones que no sanan jamás, como la añoranza de lo perdido, una carrera sin fin tras un padre no conocido.

El nivel de odio y de dolor, así como el de minusvalía disminuirán en la medida en que el huérfano constata que el abandono no fue voluntario, en cambio permanecerá la idealización que permitirá conservar la imagen casi con características de realidad, un vacío que nunca se llena.

Mi madre deseaba a toda costa que mi hermano Juan Antonio fuera médico.

—Tú vas a ser como tu padre o mejor que él —eran las palabras que resonaban sin descanso en su cabeza.

Juan Antonio se esforzaba por alcanzar la figura paterna. Si lo conseguía, llevaría en sí mismo a papá y ya nunca estaría solo; además, continuaría con la tradición familiar.

Cuando cumplí diez años entré a estudiar para maestra, entonces era una carrera que se comenzaba al terminar la primaria. Ahí se cursaban la secundaria y la normal juntas. Además era escuela de mujeres; mi madre no quería que conviviera con hombres. A la mitad de la carrera se modificó el plan de estudios y se volvió mixta. Al terminar la parte correspondiente a la secundaria, es decir en el cuarto año, me pensionaron en la escuela con 60 pesos mensuales. Llegué a tener esta beca gracias a que una maestra de literatura me metió a un concurso. Yo no me habría inscrito, pues era muy tímida, pero lo gané y dispuse de ayuda económica durante el resto de mis estudios. Formé parte de la generación Lauro Aguirre y una de mis maestras fue doña Carmen Serdán. A mí me gustaba mucho la medicina, pero una carrera tan larga estaba fuera de mi alcance. No obstante decidí en mi cabeza, donde siempre he sido libre, que en el futuro sería doctora.

Alguien debía trabajar para costearle los estudios a mi hermano y ayudar en los gastos de la casa. Lupe era empleada de una farmacia. Era muy floja, no quiso estudiar ni la secundaria, pero tenía muchos pretendientes por ser bonita. Becky nunca trabajó porque nació con una lesión cerebral a causa de una caída que sufrió mi madre durante su embarazo. No pudo estudiar, llegó nomás hasta el segundo año. Tenía un pie medio mal, pero no se le notaba al caminar. Únicamente usaba la mano izquierda, pues la derecha la tenía engarrotada. Aun así se las agenciaba para tejer con ganchillo. No la dejaban salir sola a ninguna parte: desde los cuatro años tuvo ataques epilépticos. Verla en ese estado era horrible. Las crisis eran espantosas, pero la que tuvo que lidiar con ella fue Lupe, pues iban juntas en una escuela diferente a la mía.

Mi madre mantenía semioculta a Becky. Le trataron la enfermedad hasta que mi hermano terminó la carrera de medicina. Llevaba una vida muy triste, pues a pesar de su asombrosa voz, la mantenían encerrada como a un pájaro dentro de su jaula. Allí, con la soledad de compañera, escuchaba la radio y después repetía con esa voz de ave del paraíso todas las melodías. Su canto me obligaba a pensar en la belleza de esa alma prisionera dentro de un cuerpo tan contrahecho y defectuoso. Yo me sentía la fea, pero inteligente y la única candidata al puesto de proveedor familiar, lugar que nunca he abandonado. Comenzamos a vivir más desahogados desde que gané la beca y a Juan Antonio se le presentó la oportunidad de trabajar en un dispensario al terminar el primer año de medicina.

Estudí en la Escuela Nacional de Maestros para profesora de educación primaria. A los dieciséis años empecé a ejercer mi carrera de medicina contra la ignorancia. No la tuve fácil, pues muchos de mis alumnos eran mayores que yo. En una ocasión entraron los padres de un alumno y me tocaron el hombro, diciendo:

—Niña, ¿dónde está la maestra?

—Yo soy la maestra —contesté con voz fuerte y firme, tratando de imponer mi autoridad.

A pesar de mi juventud mantenía el orden, a veces poniéndome al mismo nivel de los alumnos; aventaba gises y borradores. Cuando concluí mis estudios ya estaba acostumbrada a entregarle a mi madre todo el dinero sin rechistar. Ella lo distribuía. A mi monedero sólo regresaban unos centavos para mis pasajes.

Durante mi estancia en la Escuela Nacional de Maestros conocí a Guillermo. Era un hombre bajito, fornido y moreno. Me miró de lejos con sus ojos profundos durante semanas y al fin se animó a acercarse con el pretexto de unos apuntes, los cuales accedí a prestarle. Yo contemplaba con ansiedad su rostro y sentía explosiones dentro del pecho. Iniciamos una relación que a mí me pareció maravillosa. Buscaba con constancia la forma de estar a su lado,

todo a escondidas de mi madre. Cuando comencé a trabajar se volvió complicado encontrarnos, pero el amor siempre se las arregla. Me escribió unos versos muy lindos que aún conservo. Si no nos veíamos, intercambiábamos cartas por medio de una compañera, Rosa María Luna. Yo le tenía pavor a mi madre, por eso Guillermo me propuso que nos casáramos en secreto. Conseguimos unos testigos y mentí en el juzgado, pues era menor de edad. Al regreso de la boda me sentí la mujer más dichosa del mundo, pero tuve que ir a casa. Queríamos huir a provincia. Continuamos con la correspondencia mientras se preparaba el viaje, aplazando la luna de miel hasta entonces. Estaba todo listo, cuando mi madre abrió uno de mis cajones y encontró las cartas. Las leyó y las devolvió a su lugar. Sólo me di cuenta de que mamá parecía enojada y me hablaba poco, pero no sospeché lo sucedido. Pensé que era uno de sus habituales arranques de malhumor. Fue a hablar con la madre de mi amiga y acusó a Rosa María de alcahuetta. La señora Luna, muy indignada, le prohibió a mi amiga volver a dirigirme la palabra. Yo saludaba a mi compañera y, como ella no me contestaba, creí que estaría molesta por alguna tontería y que ya se le pasaría. Mi madre siguió hurgando en mis pertenencias. Se enteró de la fecha y el lugar de la fuga y decidió ponerle un alto al asunto. Ese día, al regresar de la escuela, la encontré hecha una furia. Había preparado una maleta, me obligó a firmar un papel en blanco y, en ese momento, me subió a un coche junto con mi tía Teresa. Nos llevó hasta la estación del ferrocarril. Abordamos un tren con destino a Zacatecas y de allí seguimos hasta un rancho perdido en la sierra. Al llegar, mi tía me consoló como pudo. Me dejó con unos parientes. Les encargó mucho que si yo llegaba a recibir correspondencia, ellos debían leerla primero. Mi tío era entonces presidente municipal y tenía un casco de hacienda.

No estuve sola en mi desgracia. Además de mis primas que me hicieron compañía, había otra muchacha en la misma situación. A ella no la habían dejado casarse porque era epiléptica. Una tarde

descubrimos la existencia de una garrafa enorme de aguardiente en la cocina, tomamos unas botellas y las llenamos. Nos sentamos en la puerta de mi cuarto y brindamos toda la noche por las desilusiones y los novios; ellas además fumaron. El alcohol no me ayudó a olvidar nada y creo que hasta el cuete se nos bajó cuando la chica de Aguascalientes empezó a sufrir un ataque, le tuvimos que jalar la lengua porque ya se nos moría en medio de la borrachera. Al otro día me reventaba la cabeza y llorar se tornaba imposible. No recibí ni una llamada de atención de mis tíos. Nos dejaban rumiar nuestro mal de amores por todos los rincones del rancho y sólo nos llamaban para comer. Comencé a distraerme un poco cuando uno de mis primos buscó mi conversación. Era un muchacho joven y guapo. Estaban a su cargo los animales, y tal vez por eso siempre olía horrible. Su presencia me hacía añorar la compañía de Guillermo. Allí pasé las posadas, la Navidad y el Año Nuevo. Después de un mes y medio de cautiverio, lo único que deseaba era regresar a la escuela. Al menos allí era libre durante unas horas. Además, tenía miedo de perder mi trabajo. A los pocos días de externar mis deseos, se apareció mi madre como por encanto. Me hizo jurarle que jamás intentaría volver a ver a Guillermo ni a hablar con Rosa María. Nuestra amistad se acabó por órdenes superiores.

El flamante novio se había presentado puntual en el sitio acordado, pero yo no llegué nunca. En lugar de esposa encontró a la suegra. Le entregó una carta que ella misma había escrito en la hoja en blanco que yo había firmado antes de mi partida. En ésta, yo terminaba con él y le pedía que nunca me volviera a buscar. Acto seguido, lo amenazó con acusarlo de rapto y estupro si intentaba de nuevo acercarse a mí. Mamá se encargó de anular el matrimonio; no fue difícil pues no se había consumado y yo era menor de edad. Unas semanas después, Guillermo se atrevió a tocar en mi ventana cuando yo estaba todavía en Zacatecas. Mi madre buscó la vieja escopeta que guardaba bajo la cama y lo persiguió, apuntándole con ella por varias cuadras.

Juré con resignación y volví al trabajo, escoltada desde entonces por la tía María. A mí me hubiera gustado más que mi compañía fuera la tía Tete, pero ella usaba muletas y el viaje en camión le resultaba muy pesado. A mi regreso a la escuela, me enteré de que mi ausencia se encontraba justificada por un permiso que mi madre había solicitado y firmado con mi nombre.

No volví a ver a Guillermo hasta mucho tiempo después. Fue un día en la Secretaría de Educación. Nos cruzamos en las escaleras. Yo ya estaba casada y con un embarazo de seis meses. Llevaba un abrigo café que ocultaba mi vientre. Nos quedamos paralizados y enmudecidos uno frente al otro. Sentí que me iba a caer: me moría de la vergüenza. La segunda vez coincidimos en la antesala del despacho de Torres Bodet en la misma Secretaría. Yo iba con mi hija Rebeca Mariana que entonces tenía dos años. Él me dijo:

—Qué bueno que puedo hablar contigo, porque me voy a casar y no quiero que lo sepas por otra gente.

A mí ya ni me importaba, platicamos un rato hasta que entré a la cita. El siguiente encuentro fue en la calle de Argentina y caminamos juntos hacia la Secretaría de Educación, cuando mi hija ya era una adolescente. Pasaron más años, y un día, en un camión, nos vimos de nuevo. Llevaba de la mano a un niño discapacitado. Entonces pensé que tal vez había sido una suerte que ese pequeño no fuera mío. Me preguntó mi dirección y fue a visitarme a la casa. Me pidió que le mostrara las fotos de mi familia. Miró los retratos con tristeza y con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

—Esos hijos debieron haber sido míos.

Nunca más se cruzaron nuestros caminos.

Tuve un maestro que me pretendió durante mis estudios en la Normal, pero a mí no me interesó porque era mayor que yo. Me escribió varios sonetos y con mucho respeto me hizo saber que le agradaba. Segura estoy que de haberme gustado, mi madre lo habría perseguido con la escopeta, como era ya su estilo.

Con unos ahorros mi madre compró un terrenito y puso tres locales: dos carbonerías y un tendejón. Había escasez de carbón, así que se iba muy temprano a recogerlo hasta el lugar donde descargaban los furgones del ferrocarril. Tampoco había mucho transporte, pero se las arreglaba para llevarlo hasta la tienda. Era una mujer admirable.

Habría una persecución de logros cada vez más altos. Nada es suficiente. Ni amor, ni dinero, ni posición social o profesional. En la mujer, ningún hombre llenará nunca los requisitos del ideal masculino que se ha forjado.

La búsqueda del ideal en la mujer huérfana temprana será un hombre que tenga las características de la madre o del padre perdido, pero idealizado porque no se ha conocido. Es muy difícil que una mujer pueda tener una pareja exitosa, dado que además de los aspectos reales del objeto va a esperar todos los aspectos idealizados, como si fuera un perchero al que ella le hubiera colgado una serie de prendas imaginarias. Estos matrimonios o uniones generalmente fracasan porque lo que se lleva de expectativas en la relación con la pareja jamás se va a poder llenar, porque tal vez ni siquiera hayan existido en el objeto perdido.

“Matrimonio y mortaja del cielo baja”, dice el refrán popular; pero éste no fue mi caso. Mi madre era quien escogía, quien calificaba a los hombres y quien los alejaba de nuestro lado.

Tuve un pretendiente militar. Rebeca le permitió la entrada a casa mientras creyó que estaba interesado en mi hermana Lupe. Al darse cuenta de que yo era la favorecida, volvió a sacar su vieja escopeta y con ella en mano lo escoltó hasta la puerta. Mi madre se identificaba con Lupe, representaba lo que ella hubiera querido ser: bonita, encantadora, tocar la guitarra, tener una linda voz y mucha suerte con los hombres.

A menudo he pensado que cuando mi madre me tuvo, decidió que nunca dejaría que me separara de su lado. El trueque que le había ofrecido el destino no le pareció justo. Creo que hubiera preferido la vida de mi padre a la de esta hija que había llegado acompañada de tantos dolores. A cambio, yo estaba destinada a mantenerla y cuidar de ella hasta su muerte. Mi compañía no le agradaba del todo, pero no me podía dejar ir. Quizá me culpaba por la muerte de mi padre. Decidió buscarme un esposo. De hecho lo había escogido desde tiempo atrás.

Fui dama de honor de mi hermana Lupe el día de su matrimonio. Se veía muy guapa, ella y mi madre eran mujeres hermosas. Lupe y su marido me llevaban de paseo los fines de semana con un grupo de excursionistas; yo tenía entonces catorce años. Pertenecían a un club de ferrocarrileros llamado Cardenales. Caminábamos por el bosque, subíamos al Popocatepetl, visitábamos sitios prehispánicos. En medio del aroma de la tierra húmeda y del bosque conocí a Salvador, un buen hombre que se convertiría en mi esposo. Era alto, blanco y de cabello castaño, todo lo contrario de Guillermo. Era muy apuesto, pero a mí, en plena adolescencia, me gustaban los jóvenes, no un hombre que me llevaba dieciocho años. Yo pasaba temporadas en casa de Lupe y su marido. Él me cuidaba y me procuraba las cosas que me gustaban. Me compró unas botas para las excursiones, y se mostraba celoso con los muchachos que se acercaban a mí. Tía Tete lo notó y se opuso a que volviera a dormir en casa de mi hermana y a que asistiera a los paseos si no me acompañaba alguien más. Mi madre iba conmigo de vez en cuando y nunca perdió el contacto con Salvador. Hubo épocas en que creí que nunca volvería a encontrarme con los excursionistas.

Mamá decidió que había llegado la hora de casarme el día que cumplí diecinueve años. Habló con Salvador e hizo los arreglos para la boda. Incluso le prestó dinero para que pudiéramos comenzar. Él tenía treinta y siete años. Con el paso del tiempo seguí diciendo

que a mí me gustaban los hombres chaparritos, morenos y que nunca había entendido por qué mi esposo era todo lo contrario. ¡Claro que lo sabía: era el gusto de Rebeca! De esta forma siguió teniendo el control de mi vida.

En una sociedad en la que las reglas son predominantemente masculinas, las mujeres forman un grupo aparte y, a pesar de constituir una mayoría numérica en la conformación de la sociedad humana, se les puede considerar como una minoría, pues se tiene ante ellas la misma actitud que se tiene frente a grupos minoritarios, como los negros, los judíos, etc. Cuando una mujer se casa, y sobre todo cuando se vuelve madre, en esta cultura desaparece todo derecho a ser ella misma, deja de existir para convertirse en cuidadora y proveedora de los hijos. Al verse con un niño en los brazos, una mujer pierde hasta la sexualidad, pues se convierte en “madre”: un ser etéreo que es todo amor, toda bondad, casi una virgen de las que vemos en los retablos. La mujer se coloca en la imposibilidad de satisfacer sus necesidades de realización profesional, y aunque la función maternal puede ser muy gratificante, también es frustrante, pues la priva de logros propios en los ámbitos intelectuales, sociales y políticos; dividir el tiempo entre el cuidado del hogar y las actividades profesionales es muy difícil, especialmente porque los trabajos de medio tiempo son mal remunerados. El sino de México, desde la Conquista hasta nuestros días, ha sido el de un pueblo sin padre, por abandono, por divorcio, por muerte o porque estando presente permanece ausente. Es por esto que la madre debe hacerse cargo, es proveedora de alimento, cuidado y cariño, imponiendo el qué, el cómo y el cuándo. Impone las normas respondiendo más bien a sus necesidades que a las del niño. La madre usa al niño para satisfacer sus necesidades narcisistas y lo hace sustituto del compañero del que carece. La madre protege al niño respondiendo a su propia angustia y a su sentido de propiedad. En muchas ocasiones la madre exhibe y luce a su hijo como una extensión de sí misma.

Cuando escribí este texto estuve segura de que algún día debía transformarse el papel de la mujer. No me había dado cuenta de que el cambio ya estaba sucediendo y que lo podía constatar en mi propia existencia.

Miro al frente con tristeza, abandono para siempre la posibilidad del amor. Tengo el cabello corto, con un flequillo sobre la frente, los labios pintados de carmín, un tocado sencillo con un velo que cae a mi espalda y un ramo largo de azucenas que llega casi hasta los tobillos. El vestido de novia se pega a mi cuerpo insinuando mis formas y, en el suelo, la cola da vuelta alrededor de mis pies. Se enreda sobre mis pasos, como se embrolla mi existencia para seguir adelante. Ahora estoy atada al brazo de mi esposo, amarrada a una nueva vida que no he pedido, que me ha sido impuesta por mamá. En el estudio fotográfico me subieron a un banquito, a la altura de la situación, pues el novio medía casi medio metro más que yo: apenas alcanzo el metro y medio. No recuerdo ni una palabra de lo que dijo el sacerdote durante la misa. Me sentía aturdida, no sabía si la ceremonia era sueño o realidad. Lo único que regresaba a mi cabeza una y otra vez era el “sí acepto”. Estaba convencida de que se trataba de un gran compromiso para toda la vida. Salvador sería el padre de mis hijos y nunca iba a permitir que ellos se quedaran huérfanos. La historia no se repetiría. A partir de ese momento me dediqué a cumplir mi palabra y cuidé a mi marido con devoción hasta el día de su muerte.

Me casé en la parroquia de Tacubaya, en la capilla de la Virgen de los Dolores. Mi nombre unido al de la Virgen aumentaba mis pesares. La boda resultó un desastre. Durante la fiesta una tía escuchó a mis cuñadas hablando acerca de mi fallida boda con Guillermo y le comunicó el chisme a mi madre. Dos de las hermanas de Salvador habían sido mis compañeras en la Normal, así que se encontraban al tanto del escándalo que mi madre había intentado esconder con tanto empeño. Rebeca, convertida en una fiera como de costumbre, no iba a permitir que hablaran mal de su hija el día

de la boda, así que las corrió a todas. A partir de este momento, las relaciones entre mi madre y mi marido se deterioraron muchísimo y nunca volvieron a ser como antes: inauguraron el Club de los Ofendidos. Mamá nunca olvidó la afrenta hecha a su hija y Salvador le recriminó siempre el agravio a sus hermanas.

A pesar de estas situaciones difíciles, debo admitir que Salvador me amaba con locura. Soportó estoicamente los desplantes de su suegra y la presión de sus hermanas. Ellas querían que él me dejara y él hacía oídos sordos. Por mi parte, acepté que así sería la vida en adelante y que tendría hijos no del hombre que amaba, pero sí de un buen hombre que me cuidaba con adoración. Nada pudo reclamarme mi marido, pues llegué virgen a la noche de bodas, como debía ser en esa época, y regresé embarazada de la luna de miel.

Primero nació Rebeca Mariana, una niña tan hermosa que en la calle la gente se detenía a admirarla. Tenía un rostro bellísimo, enmarcado por unos rizos rubios. Su sonrisa me robaba el corazón. Siempre fue una niña limpia, ordenada y responsable, excelente estudiante. Cuatro años después nació Salvador, a quien consentí mucho. Le ponía especial atención, pues sentía que me necesitaba más que mi hija, una niña muy independiente. A menudo lo dejaba hacer su voluntad; durante una época se negó a tomar leche y se lo permití. Me arrepentí después, cuando su dentadura sufrió mucho por la falta de calcio.

Jesús Antonio fue el tercero de mis hijos, un chico de inteligencia extraordinaria. Aprendió solo a leer y comenzó a ir a la escuela muy pequeño. Muchachito simpático, se subía al camión que manejaba uno de los vecinos y platicaba con gracia durante el trayecto. Ayudaba recibiendo el dinero del pasaje, dando el boleto y regresando el cambio a las personas. Así aprendió a sumar y restar a los tres años.

Intentaba pasar el mayor tiempo posible con mis hijos, pero el trabajo de maestra era duro. Salvador era empleado de Ferrocarriles

Nacionales. Yo siempre tuve muchas inquietudes y deseos de superación.

Un día me enteré de que una casa, propiedad de mi marido, en la que no vivíamos, había sido traspasada a nombre de mi suegro. Tuve un disgusto enorme con Salvador. Se trataba de una propiedad adquirida antes del matrimonio, pero cuando hubo necesidad de hacerle arreglos los pagué con mi dinero porque pensé que algún día sería mía. Desde entonces me empeñé en tener una casa propia, deseaba progresar económicamente y no me conformaba con cualquier cosa. Así que poco a poco fui dedicando menos tiempo al hogar y más a mi trabajo. Tenía el pretexto conmigo misma de las eternas discusiones con mi marido, en las que él me reclamaba mis ausencias y yo le reprochaba que no ganara más dinero.

Vivíamos con modestia y yo trataba de ahorrar y satisfacer las necesidades de mis hijos. Los cumpleaños eran especiales. Llevaba al festejado a pasear, comíamos pollo rostizado y después íbamos al cine. Los otros dos niños me esperaban en casa; no me alcanzaba el dinero para llevarlos a todos.

A pesar del tiempo, he seguido atada a mi madre. Un gran cordón umbilical imaginario nos mantiene unidas. Aun cuando me casé, ella continuó moviendo los hilos de mi existencia. Cuando vivió en provincia mantenía contacto conmigo por carta, y después de su muerte la empecé a reconocer en mis ademanes y en mi rostro, al mirarme en el espejo. Hasta la fecha se sigue apareciendo en mis pensamientos y mis recuerdos. Lamento no haber conocido a mi padre, pues creo que es en estos instantes cuando su imagen me ayudaría a exorcizar la omnipresencia de mamá.

Mi hermano Juan Antonio terminó su carrera un año después que yo. Primero trabajó en Ferrocarriles, luego se fue a Tonalá. Una vez que Lupe y yo estuvimos casadas, mi madre nos dejó un tiempo por irse con él. Lo trasladaron a Tierra Blanca, allí vivieron juntos hasta que Juan Antonio se casó muy a pesar de

doña Rebeca. Entonces ella regresó a México. Lupe se había casado muy joven y se separó varias veces de su esposo. Durante estos episodios siempre regresaba a vivir con mamá. Tuvo una hija once años después de su matrimonio y acabó divorciándose. Desde entonces, mi hermana Lupe y su hija Adriana vivieron con mi madre. Rebeca puso entonces una casa de huéspedes que mantuvo hasta el fin de sus días.

A mi mamá siempre le dio por las tertulias. Organizaba reuniones en las que se tocaba una pianola que siempre tuvo en casa. En tales ocasiones permitía que mi hermana Becky saliera de su escondite y a veces hasta le daba oportunidad de cantar. La que siempre se lucía era Lupe. A mí me pedían que declamara. Mis fuertes eran “Los motivos del lobo” y “El brindis del bohemio”. Estas fiestas se llevaron a cabo durante años y participaron en ellas muchos amigos, familiares, conocidos y huéspedes. A mamá le encantaba tener la casa llena de gente y dirigir las funciones dándole a cada quien su turno. Una vez que tenía confirmada la asistencia, se sentaba por la tarde a escribir el programa de la noche.

Un día Rebeca se levantó con la idea entre ceja y ceja de que Lupe debía cantar en una carpa. Cuando iniciaron juntas esta empresa de la farándula, mi hermana era una mujer gorda de más de cuarenta años. Formó pareja con Jesús, un amigo de la familia. Se llamaban “Dueto Ferronales”, pues ella había trabajado en la farmacia del Ferrocarril. Antes de llegar al mundo del espectáculo ya habían participado en innumerables fiestas. Así adquirieron tablas suficientes para alternar durante las actuaciones con bailarines y cómicos. En las funciones de la Carpa México cantaban acompañados por una pequeña banda de alientos, mientras Rebeca escuchaba emocionada con los ojos cerrados. Se imaginaba a sí misma bañada por las luces de los reflectores, luciendo hermosos vestidos y entonando melodías. En medio de los aplausos presumía a las personas sentadas a su lado que su hija era la artista. A la

salida tomaba a Lupe por el brazo, abandonando la carpa con la cabeza y el orgullo en alto.

Tiempo después emprendieron otra aventura artística. Lupe se preparó para salir en la televisión. Mi madre se pasó semanas cosiendo y bordando un traje de china poblana. Llegado el día, se presentaron en Televisión. Lupe salió a escena enfundada en su vestido de lentejuelas brillantes, imitando a Lucha Reyes. Fueron apenas unos cuantos minutos en un programa de aficionados. Pasaron tan rápido como un abrir y cerrar de pestañas. Mi hermana recibió una lluvia de aplausos y tuvo su breve momento de gloria.

Las ideas revolucionarias y el afán de justicia están presentes en la juventud. Yo tuve que acallar toda esta ebullición porque las responsabilidades me alcanzaron desde muy temprano en la vida. El deber del trabajo no me dejaba tiempo para saciar estas ansias; después, el matrimonio me cortó las alas. Pero tarde que temprano sentí correr dentro de mí la sangre de mi padre y me acerqué a las ideas liberales lo más que pude, consciente de mis limitaciones.

En 1936 trabajaba en el ex convento de la Merced. No me llevaba muy bien con el director de esa escuela, así que me comisionaron para dar clases a unos periodiqueros muy jovencitos en el Centro, en las calles de Regina. El líder de estos chicos había solicitado un maestro para que les enseñara a leer. Este grupo, enemigo de otro al que controlaba un hombre mayor, no estaba de acuerdo con la organización del reparto de diarios. Mis muchachos siempre permanecían relegados. Este señor decidía a quién se le daba el periódico para su venta al público, y esta entrega se cumplía a su capricho. Mis alumnos se quejaban con amargura de esta situación, pues había veces en que no tenían diarios para vender. Entonces les dije: “Pues vamos a formar un sindicato”.

En esa época no existía algo así en ese gremio. Mi concuño, que era abogado, me orientó. Ayudó a registrar el sindicato a espaldas

del grupo autoritario. Antes de que los contrarios se dieran cuenta, reunimos fondos para nuestro proyecto. Primero planeamos una fiesta. Yo presté mi casa y juntamos algo de dinero, pero no suficiente. Así que pensamos en grande y organizamos una corrida de toros. Fui con los chicos a ver a los toreros para que no nos cobraran. Para cuando el otro bando se enteró, ya era demasiado tarde. Me cambiaron nuevamente de escuela por andar de alborotadora. No supe más del asunto, pero me imagino que todo siguió adelante, pues ya el sindicato estaba registrado con papeles y con todas las de la ley. Así empezó lo que hoy en día es la Unión de Voceadores.

Tras este incidente me asignaron a La Botonera, una escuela que había sido fábrica de botones. Uno podía recoger todavía piezas buenas en el patio y también en la calle sin asfaltar. En este lugar tuve como compañero a Vicente Fuentes Díaz, que además de maestro fue periodista y senador. Era el dedo chiquito de Lombardo Tolledano, fundador del Partido Comunista. Me interesaban estas ideas, pero apenas tenía tiempo para trabajar y atender a mis hijos.

Después enseñé en una escuela en Tacuba. Allí conocí a unos maestros trotskistas. Se apellidaban Fernández y eran padre e hijo. Editaban un periódico que se llamaba *La Cuarta Internacional*, fundado por Trotsky. Un día les dije que quería conocer a este personaje tan importante. Tomé un camión y me fui a la casa que León Trotsky tenía en Coyoacán, allí donde lo mataron. Gracias a estos profesores pude entrar y pedirle que me autografiara un libro. Más tarde, después de su muerte, los Fernández pusieron en mis manos el expediente de Ramón Mercader y fui a la Penitenciaría. Estuve, junto con todos los periodistas, a sólo unos pasos de donde se encontraba el preso durante el interrogatorio. Lo pude ver claramente mientras contestaba las preguntas tras una reja.

Hay momentos de gran felicidad en la vida, sobre todo cuando uno ve cumplidos sus deseos, cuando puede alcanzar sus metas. Dichoso aquel que

vive para disfrutar del esfuerzo de su trabajo, del ahorro que se junta con tanto sacrificio. Hay un gran gusto cuando en silencio, sentado en un sillón, contempla uno a su alrededor y puede exclamar: "¡Ésta es mi casa!"

A partir de 1942 vivimos en Tacuba. Cuando llegamos, la población del barrio tenía pocos recursos económicos. La mayor parte de la gente vivía hacinada: hasta doce personas en un cuarto. En esa época el área todavía era semirrural. La zona urbana acababa a unas cuantas cuadras de la casa y ahí comenzaban los terrenos de siembra. Por las mañanas, los tranvías enganchaban unas plataformas especiales que servían para transportar a la gente con sus costales llenos de hortalizas y otros productos para vender en el Centro. Más tarde pasaban los aguadores vendiendo el líquido en botes cuadrados que cargaban en unos travesaños sobre los hombros. El hielo era un artículo desconocido y misterioso; un camión se encargaba de repartir grandes cubos a las tiendas, pues no existían aún los refrigeradores. A una hora de camino a pie, se llegaba hasta una cascada en el río de los Remedios. Cada año se celebraba la fiesta del pueblo el 29 de septiembre, día de san Gabriel Arcángel. La parroquia se encargaba de organizarla. Recolectaba fondos para adornar el templo, la calle se cerraba para poner puestos de churros, tortas, pambazos, buñuelos y otros antojitos. Por supuesto que no podía faltar la feria. La gente se congregaba curiosa alrededor del atrio de la iglesia para ver a los danzantes.

En 1950 estrenamos casa. Con muchos esfuerzos juntamos 7 500 pesos y conseguí un préstamo por parte de Pensiones por otra cantidad igual. Este dinerito nos sirvió para empezar la construcción de una casa en una propiedad adquirida años atrás en la calle de Golfo de Guayaquil en Tacuba. Estos predios formaban parte de una ex hacienda y fueron vendidos a los ferrocarrileros con grandes facilidades. Muchos trabajadores de este gremio, entre ellos mi marido, pudieron entonces hacerse de un terreno. Contaba

con tres recámaras, un baño, una cocina amplia y un cuarto de servicio en la azotea. Yo no tenía automóvil, así que nunca pensé que me hiciera falta una cochera. El día que lo tuve, se me hizo de lo más natural estacionarlo en la calle.

Uno de los inconvenientes de mi nuevo hogar era que se encontraba junto a una maderería. Todo el día se escuchaba el ruido de las máquinas cortando los troncos. El rechinar de las cuchillas producía vigas y tablas. No importaba cuántas veces al día me pusiera a sacudir, mis muebles permanecían eternamente cubiertos por un polvo fino. Al salir a la calle, la banqueta aparecía engalanada por una alfombra de virutas. La paz y el silencio llegaban sólo de noche y cada madrugada el ruido recomenzaba su danza.

Mi hija Rebeca empezó a tener los mismos problemas asmáticos que mi marido. Nunca pensé que podría tratarse de un trastorno ocasionado por la madera. Cuando entraban los rayos de sol por las ventanas, se podían ver flotando en el aire las partículas de aserrín.

Las noches eran oscuras, pues no había buen alumbrado. Pasaban los borrachos de regreso de la cantina El Chin Chun Chan, el bar Fabián y la pulquería Las Tres Vitaminas, situadas en las calles aledañas. Temprano por la mañana, cuando salía para el trabajo, una nueva ola de embriagados invadía la banqueta, pues a esta hora cerraban los negocios. Salvador me acompañaba a esperar el camión. En una ocasión, al anochecer, vimos a una persona tirada en la calle. No nos pareció nada raro, pues a menudo encontrábamos ebrios vencidos por el sueño. Durante todo el día la gente pasó a su lado. Llegó de nuevo la noche y seguía inmóvil, tendido en el mismo lugar. Llamamos a la Cruz Roja. Cuando llegó la ambulancia, los paramédicos dijeron que el hombre no estaba borracho, sino que había sufrido un infarto. Nada se podía hacer: había fallecido hacía un par de horas. Los paramédicos se negaron a llevárselo; ellos no recogían muertos. Tuvimos que esperar hasta que lo levantó la Cruz Verde.

Golfo de Guayaquil era una calle sucia. Una vecina bonita y gorda, de origen español, tenía un marrano que vivía atado al poste de la luz. Allí alimentaba y bañaba a *Pantaleón*, que era el nombre con que lo había bautizado. Por las noches el puerco dormía en su casa, por el miedo que su dueña tenía a los ladrones. Cada año, el día de san Antonio Abad, el marrano recibía la bendición en la iglesia para que nadie le hiciera mal de ojo.

Existían algunos negocios formales, como el del sastre y el sombrerero, además de las visitas siempre puntuales del hombre de la nieve y del oso. El pregón del hombre de la nieve se escuchaba desde lejos: “¡Nieve de limón, de limón la nieve!” Los niños y las amas de casa salían a la calle y lo esperaban en la esquina. Allí era la parada del carrito de baleros. El hombre extraía su deliciosa nieve del cubo de madera, sirviéndola con una cuchara de metal en cucuruchos de papel blanco. Cada mes llegaban los gitanos con el oso amarrado a una cadena. Se formaba un círculo de gente. El gitano golpeaba con un enorme palo contra el suelo al tiempo que su pequeña hija tocaba un pandero. El animal levantaba sus patas delanteras y bailaba para asombro de todos los presentes. Al final del número el hombre pedía silencio y preguntaba si queríamos escuchar el canto de la fiera. Ésta emitía un sonido gutural, una especie de queja, respondiendo a cierto ritmo que el gitano marcaba con el palo. Después la niña pedía monedas con un sombrero. La bestia descendía a la tierra y todos tomábamos diferentes rumbos hasta el siguiente encuentro.

Rebeca Mariana tenía dieciséis años, Salvador doce y Tony cuatro cuando nos mudamos a esta casa. De aquí salieron todos mis hijos para casarse. Tony creció en este barrio. Como había comenzado tan pequeño la escuela, terminó muy joven la preparatoria en el Colegio Militar. Entró a la universidad de dieciséis años y empezó a reprobar materias. Me di cuenta de que en este sitio no andaba en buenas compañías. Lo rodeaban cantidad de muchachitos vagos; así que como mi economía ahora me lo permitía,

decidí mandarlo a estudiar al Tecnológico de Monterrey, a sugerencia de mi yerno Rodolfo. Así fue como Salvador y yo por fin nos quedamos solos. Cuando Rebeca se casó, yo me cambié a su recámara y desde entonces dormimos separados.

El desfile interminable de personas drogadictas que presencié durante mi niñez, me hizo notar que si bien los médicos hacían todo lo posible por sanar a sus enfermos, los familiares de éstos muchas veces quedaban ahogados por el dolor de sus seres queridos. Debían mostrarse fuertes e íntegros en situaciones de enfermedad terminal en las que veían a sus pacientes consumirse hasta la muerte. Entonces descansaban los difuntos, pero los vivos quedaban marcados con el estigma del sufrimiento del alma, que era un mal del que nadie se ocupaba; si bien les iba, cicatrizaba con el tiempo y el olvido, pero los dejaba marcados para siempre.

En 1950 Regino Hernández Llergo, a quien había conocido de pequeña, se convirtió en el director de *Impacto* y me ofreció un espacio en esa revista. Era una sección en la que hacía de *Doctora Corazón*. La gente me mandaba sus casos y yo daba consejos. No cabe duda de que di un paso más para acercarme a mi padre. Ahora ya escribía, aunque no era lo mismo disertar sobre política que sobre el amor.

Un día me llegó el siguiente caso: una mujer se había llevado a vivir con ella al nieto después de quitárselo a su madre. Este niño era hijo de un médico. Al instante comprendí que la carta la había escrito mi madre y que se refería a su nieto Toño, hijo de mi hermano. Juan Antonio había tenido a ese niño con una costurera en su época de estudiante de medicina, cuando tenía dieciocho años. Cierta día, Rebeca se presentó en el taller de costura y se llevó al pequeño. Esta mujer iba a mi casa a amamantarlo y mi madre le daba dinero a cambio. Yo la conocí, pues me dejaban con ella y Toñito mientras lo alimentaba por las tardes. Un día faltó a la cita, y la siguiente vez que se presentó, mamá la corrió de la casa para

siempre. Toño vivió con su abuela hasta que cumplió quince años, edad en la que murió de diabetes. En esa época no había ninguna cura para la enfermedad y los diabéticos se consumían hasta morir. Yo lo quería mucho. La curiosidad de mi madre resultaba patológica. Deseaba probarme, para ver que le contestaba. Me dio la oportunidad de un desquite por todo lo que me había hecho sufrir. En mi respuesta en la revista critiqué acremente que hubiera arrancado a una criatura de los brazos de su madre, que se sintiera con derecho para manipular la vida de su hijo y la de los demás sin pensar nunca en el bienestar del bebé. Además de esta maravillosa catarsis, el trabajo me permitió hacer buenas amistades y conocer a mucha gente. Rebeca se hizo la desentendida, fingió que no había leído la respuesta. Desde entonces me llamó “pepsicóloga” con mucho desprecio.

Mi primer contacto con el psicoanálisis se lo debo a mi hermano Juan Antonio. Me regaló *Las conferencias de introducción al psicoanálisis* de Sigmund Freud. Las lecturas de “Los actos fallidos” y “El sueño” me apasionaron.

El siguiente contacto lo tuve al llegar al consultorio del doctor Santiago Ramírez. Mi hijo Salvador bajó mucho en sus calificaciones de tercer año de primaria durante el año 46. El pediatra me recomendó llevarlo con Santiago Ramírez, amigo suyo. Después de una corta entrevista con mi muchacho, el doctor me hizo pasar al consultorio. Me hizo algunas preguntas y al finalizar la sesión me dijo que el chico estaba bien; sin embargo, opinó que quien necesitaba un tratamiento era yo.

“¡Ay –pensé–, qué suave, por fin tendré con quien platicar!” No hablaba ni con mi marido ni con mi madre, que sólo me regañaba. Acepté con grandes expectativas, porque me interesaban mucho los aspectos psicoanalíticos, pero aún no había tenido oportunidad de adentrarme en ellos. Durante estas sesiones, Santiago me instó a seguir estudiando. Para mí representó no sólo el profesional que iba a ayudarme, a enseñarme y a guiarme en los caminos

de la vida, que eran bastante difíciles, sino el padre que tanto había buscado.

En 1951 comencé mi formación como maestra de lengua y literatura española en la Normal Superior de Maestros. Trabajé en la anexa a la Normal, que era una escuela de entrenamiento para maestros. Por las tardes era secretaria. En 1955 asistí por primera vez a la universidad. Tenía cuarenta y dos años y quería ser psicóloga.

Por la mañana impartía clases de primaria, al terminar iba a dar clases de lengua y literatura española al Colegio Americano. Pronto tuve otro empleo en el hospital para tuberculosos Gea González. Casi de noche, llegaba rendida a la universidad. A veces dormitaba en las clases. Estudiaba en las madrugadas, sin importar el cansancio, ni el temor de verme rodeada de jóvenes. No participé en ningún movimiento de la universidad, ni compartí las inquietudes de mis compañeros; después de todo estaba casada, tenía tres hijos y mi situación era diferente. Aun así, estaba decidida a lograr mi meta.

El doctor Ramírez trabajaba en el Gea González. Debido a mis inquietudes y a su influencia entré a esa institución. Al principio sólo hacía trabajo secretarial. Poco a poco comencé a realizar entrevistas a los familiares de los pacientes. Trabajaba en la rehabilitación de estos enfermos, para que una vez dados de alta pudieran reintegrarse a la sociedad; les enseñaba diferentes oficios y además les aplicaba pruebas psicológicas. Gracias a los conocimientos adquiridos y a mi experiencia en el hospital se publicaron tres artículos míos en la *Revista Mexicana de Tuberculosis*. Los escritos trataban sobre la psicología del tuberculoso. Llegué a ser jefa del Departamento de Rehabilitación de esta institución.

Allí me di cuenta de que hacía mucha falta trabajar con los problemas psicológicos de las personas, que entonces era un campo casi virgen. Procuraba poner en práctica los pocos conocimientos que había adquirido en la Facultad de Filosofía y Letras. Esto me hacía esforzarme más para seguir estudiando. En 1953, terminada

la época del Gea González, comencé a trabajar como supervisora psicóloga en el Departamento de Servicio Social del Hospital Infantil de México. Allí conocí a la doctora Raquel Berman, con quien inicié una amistad muy valiosa.

El psicoanálisis y cualquier psicoterapia como tales son más bien educativas y reeducativas; por eso son tan difíciles de alcanzar, pues hay que quitar hábitos de toda una vida. Mientras no encontremos medios más allá de las palabras para transmitir a los pacientes seguridad, respeto por sí mismos, amor a la vida y paz, no veo qué más podemos hacer en este mundo.

En 1957 se fundó la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Nos llamaron a la doctora Berman y a mí, junto con otras personas, para formar parte de la infraestructura que aún no tenía esta Asociación. Durante tres años y medio estuvimos trabajando, haciendo pruebas y viendo pacientes, supervisados por los doctores que habían fundado la APM. Recibimos seminarios diarios de dos horas para adquirir los conocimientos teóricos necesarios.

Después, sin previo aviso, se nos comunicó que no podíamos continuar ahí nuestra formación porque no éramos médicos. De modo que en la primera generación del grupo sólo quedó el doctor Díaz Infante, quien sí lo era.

Mientras tanto, tomé un consultorio y empecé a trabajar como psicoterapeuta, sin soñar siquiera que lo que hacía era psicoanálisis. En mi fuero interno tenía la seguridad de seguir los lineamientos que había aprendido en los últimos tres años. En dos ocasiones hice solicitud para pertenecer a la Asociación Psicoanalítica Mexicana, que antes me había despedido. No contestaron a la primera carta que envié y la segunda vez me rechazaron. Intenté abandonar la práctica terapéutica porque me sentí muy decepcionada. El doctor Ramírez me apoyó de nuevo y compartimos el consultorio durante un tiempo.

Me puse en contacto con el Monasterio de Santa María de la Resurrección en Cuernavaca por medio de un amigo, y comencé a recibir pacientes de esa institución. Eran monjes y monjas del anexo al monasterio. Aún estaban frescas las heridas de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, cuando el doctor Fernando Díaz Infante me propuso formar parte de la fundación de una Asociación de Psicólogos, puesto que en México no existía nada semejante. Me indicó que había un grupo de psicoanalistas jóvenes dispuestos a darnos la formación y que entre ellos estaba Santiago Ramírez. Al principio me negué, a causa de la experiencia previa, pero de nuevo el doctor Ramírez me convenció con el argumento de que habría estatutos para garantizar que la situación no se repitiera. Fue así como me encontré de nuevo a la doctora Berman, a quien había dejado de ver durante algún tiempo, y conocí además a las doctoras Frida Rosenberg, Beatriz Rosas, Felisa Poveda y Vidalina Ramos.

Los psicoanalistas que nos apoyaron y formaron el primer consejo impusieron ciertas condiciones: no se mencionaría la palabra psicoanálisis y el nombre del organismo sería Asociación Mexicana de Psicoterapia, A. C. En el consejo todos eran psiquiatras y varones. De septiembre de 1964 hasta abril de 1965 se llevaron a cabo las pláticas para discutir y redactar los estatutos que regirían nuestra Asociación. El 27 de abril de 1965 ésta se instituyó oficialmente mediante acta notarial. Los consejeros se encargaron de los programas y de buscar maestros; nosotras, las mujeres, llevamos el peso de la administración y los gastos. La formación de psicoanalistas no médicos se inició inmediatamente; la primera generación estuvo formada por las seis fundadoras: Raquel Berman, Felisa Poveda, Vidalina Ramos, Frida Rosenberg, Beatriz Rosas y yo. Así también nació el instituto de la AMPP, que a partir de entonces se dedicó a la enseñanza de la psicoterapia psicoanalítica individual mediante un entrenamiento de ocho semestres. Por primera vez en México se ofreció instrucción psicoanalítica

sistematizada a psicólogos clínicos y profesionales de otras disciplinas humanistas, a quienes antes este camino estaba vedado y cuyo anhelo era obtener la preparación adecuada para ejercer con seriedad y responsabilidad la profesión de psicoterapeuta psicoanalítico.

La Psicoanalítica nos hizo la guerra, teníamos miedo de que los doctores que nos apoyaban nos abandonaran. Cuatro años después lo hicieron. Se fueron todos menos Santiago Ramírez, Raúl Bellón y Fernando Díaz Infante, que junto con las fundadoras, en pleno, nos constituimos en el consejo de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica.

Sufrimos las consecuencias, el temor y la soledad de todo pionero para lograr que los psicólogos sin campo propio pudieran ser algo más que ayudantes de psiquiatras y psicoanalistas, maestros o trabajar en la psicología industrial; para que tuvieran la posibilidad de formarse y entender el proceso de la mente, sin recetas ni medicinas, sin el autoritarismo médico. Queríamos abrirles nuevos caminos: la comunicación, el diálogo intersubjetivo, la búsqueda de las verdades existenciales y la felicidad en la vida concreta.

Tuve, junto con mis compañeras, los agravantes de ser mujer y psicóloga. Nunca nos arredramos y luchamos por un ideal. Todo era poco para nuestra Asociación, tiempo, esfuerzo, dinero, etc. Jamás supe qué había sucedido en la Asociación Psicoanalítica Mexicana, pero estoy segura de que les pusieron un ultimátum a los psicoanalistas que colaboraban con nosotras para que rompieran con nuestro grupo. En ese entonces también era miembro del consejo el doctor González Pineda, quien finalmente nos dejó. Investigué las motivaciones de los psicoanalistas que formaron parte del grupo fundador para ayudarnos, y averigüé que nos apoyaron por amistad, por haber sido tratadas injustamente, por reparar lo sucedido con la Psicoanalítica y porque les interesó el proyecto.

El abandono fue un acicate y un reto. En el camino sentí que mi integridad se tambaleaba, el deseo de renunciar aparecía con cierta

frecuencia, y la hostilidad y el miedo se hacían presentes. Cuando se fueron calmando las cosas y se aclaró el horizonte, volvió la tranquilidad, pero también las ganas de defender los logros, para que no se deterioraran y pudiera heredarlos a mis alumnos. Tuve el honor de convertirme en la primera presidenta de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica, A. C. Nos queda el gran orgullo de ser las pioneras, pues poco después, en 1966, se fundó el Centro Psicoanalítico Emaús, y en 1967 la Asociación de Psicoterapia Analítica de Grupo.

Así pude cumplir aquello que me había propuesto en mi pequeña cabecita infantil. Lo había logrado. Seguí los pasos de mi padre, y a pesar de tantos largos años por fin era doctora: ¡podía curar el alma!

El psicoanálisis es una profesión ingrata en el sentido de que nos expone constantemente. Nos vemos reflejados en nuestros pacientes, sus problemas a veces se vuelven nuestros. Nos convertimos en una especie de confesor, un “comepecados” al que tienta la omnipotencia de querer curar como si fuéramos dioses; perdemos a veces el piso, y cuando algo no sale bien, nos damos cuenta de que sólo somos seres humanos con limitaciones y muchas ganas de ayudar. Entonces podemos caer en los mismos estados depresivos de los que hemos querido salvar a nuestros pacientes.

Somos mortales, tan mortales como las personas a las que tratamos, tan imperfectos como todos los seres humanos. Hay un tema que me ha apasionado durante los últimos años, el de la contratransferencia. Es el fenómeno al que nos vemos expuestos los psicoanalistas como resultado de todo aquello que podemos depositar en nuestros pacientes de forma inconsciente, sin relación con la simpatía o la antipatía que sintamos por ellos. Esta manifestación es una respuesta a la transferencia, que a su vez es todo el material que nuestros pacientes proyectan en nosotros también de manera inconsciente. Esta circunstancia me ha hecho notar la enorme necesidad que

tenemos los terapeutas de revisarnos con constancia y de un autoanálisis, pues en estos procesos transferenciales y en esta profesión quedamos a veces inermes ante nuestras propias carencias.

Yo debo tener cuidado con los pacientes huérfanos. En ocasiones me ha ganado el lado humano y he roto las reglas atendiendo a algunos pacientes no como terapeuta sino como amiga. Acompañé a una mujer con un cáncer terminal hasta el final de su vida y sufrí enormemente. La visité en el hospital y la conforté en sus últimos momentos. Sentí que debía hacerlo, pues ella se había esforzado por cambiar. Cuando por fin logró esos cambios la vida le había reservado una carta oculta. Me pareció una situación injusta, sentí que ella no lo merecía y le brindé todo mi apoyo. Tuve otro paciente al que traté de ver de la misma manera; también le declararon un cáncer terminal, pero la familia no me permitió acercarme. Sus parientes no querían que él se diera cuenta de su estado y no me tuvieron confianza. Ahora se los agradezco, pues hubiera recorrido el mismo calvario. Es terrible perder a un paciente que se suicida, surgen entonces las mismas dudas que uno tiene con los hijos: “Si yo hubiera...”

Hay otras personas a las que nunca voy a dejar de ver. No tienen otra cosa en la vida que la sesión semanal conmigo. Seguirán viniendo hasta que el tiempo se me agote. Algunos me han pagado con cuadros, otros con prendas que tejen, otros con lo que pueden o como pueden. Permito estos pagos porque veo su necesidad apremiante de que alguien los ayude.

Sé que estoy llena de defectos y que mi profesión no los soluciona. Discuto con mi hija, tenemos fuertes diferencias. Me imagino que a pesar de toda mi formación sigo siendo su madre. Siempre habrá puntos en los que no lleguemos a un acuerdo; sin embargo, esto no quiere decir que no la quiera con un amor profundo, que ella a veces no puede entender. Me siento triste por las separaciones de mi hijo Salvador y de mis nietos. Lo único que pude hacer para ayudarles, además de escucharlos, fue escribir un libro acerca del

tema: *Divorcio, ¿proceso interminable?* Por otra parte, me siento orgullosa de los matrimonios exitosos de dos de mis hijos. Me identifico con Tony, pero siento que por alguna razón se fue a vivir a provincia, quizá está mejor lejos de mí. Pude haber hecho muchas cosas mal, pero en todos mis actos siempre tuve la mejor de las intenciones, principalmente en los relacionados con mi papel de madre.

Ser terapeuta y percatarme de cuáles han sido mis equivocaciones y mis errores, no los remedia. Aunque entienda las razones por las que los cometí, el pasado ya está escrito. Puedo cambiar sólo un poco y tal vez solucionar lo que viene o evitar los mismos equívocos. Uno puede modificarse, pero transformarse en esencia es imposible. Ya lo decía mi terapeuta Santiago Ramírez: “Infancia es destino”. En definitiva el pasado no se puede alterar, a lo más que aspiramos es a entenderlo.

Han pasado los años y al quedarme sola me he dado cuenta de que no necesito a nadie. Me siento muy a gusto en mi casa, donde yo mando y decido todo lo concerniente a mi vida. Alguna vez mi hijo Tony expresó el deseo de que viviera con ellos, a mí me halagó el detalle, pero no cambiaría mi independencia por nada en este mundo.

Ésta es la situación ideal: no tener que pedirle su parecer a nadie, dormir a pierna suelta por las noches y no tener que rendir cuentas.

Nunca he encontrado al hombre ideal, ni siquiera en sueños. Nadie llena esa figura mítica que es mi padre. Pero no me puedo quejar, pues la vida ha sido noble conmigo. Conocí el amor. Tuve un esposo fiel y buen compañero, enamorado de mí, que soportó mis defectos y nunca se opuso a mi desarrollo como mujer, profesionalista y ser humano. Este matrimonio me permitió tener tres hijos maravillosos. El primer problema de salud grave que tuvo Salvador fue un desprendimiento de retina. Lo operó un excelente oculista en el Hospital Colonia, que era de los ferrocarrileros. La

convalecencia fue muy dura, pues debía permanecer inmóvil boca arriba para que resultara venturosa la recuperación. Lo cuidé casi de día y de noche. Me turnaba con mi hermana Lupe, que entonces trabajaba en la farmacia del hospital, así podía ir a comer y bañarme a la casa. Por las noches dormitaba a su lado en una silla. En 1957, poco antes de que Rebeca se casara, mi marido tuvo su primera ausencia. Al principio creímos que se trataba de ataques de epilepsia, pero el diagnóstico posterior estableció una falta de irrigación cerebral. Tuvo que jubilarse un par de años después, pues las crisis comenzaron a repetirse. Salvador tenía entonces sesenta y dos años. Después sufrió una cirugía más, tras la cual necesitó cuidados continuos. A partir de entonces y hasta el día de su muerte lo atendió una enfermera mientras yo trabajaba.

Desde muy joven tuve muchos pretendientes. Algunos no me interesaron, otros me han amado a pesar de no ser correspondidos. He recibido a lo largo de mi vida cartas y poemas llenos de alabanzas a mi inteligencia y mi belleza. Me han dicho muchos piropos por la calle y hasta hay quien escribió una oda a mis piernas. He tenido buenos amigos que me han regalado su fidelidad. A pesar de todo lo anterior, no he encontrado un solo hombre a quien le pudiera confiar mi vida y dar mi respeto. Encuentro a los hombres llenos de debilidades. Nadie ha sido suficientemente bueno como para entregarme a él. Quizá porque esta clase de amor no existe, o no se me da. Cuando quise abandonarlo todo para irme con el hombre que amaba, mi madre lo impidió. Tal vez si esto hubiera sucedido tampoco me habría sentido satisfecha con el resultado. Así, ese amor siguió intacto e inalcanzable en mi memoria y ahora soy capaz de ponerlo en un lugar aparte, en el nicho de los ideales junto al del quimérico doctor Márquez.

Estoy segura de que es muy importante la belleza para la vanidad de las personas, sobre todo para las mujeres. Yo me siento orgullosa de mi cabello y de mis piernas. Pero hay otros atributos que pienso son muy importantes,

si no indispensables: la inteligencia y la memoria. Gracias a ellas he seguido ejerciendo hasta tan avanzada edad.

En 1961 pude comprar un coche del año y por fin tuve un consultorio propio en las calles de Elba. Invité a toda mi familia, mi madre incluida, para celebrarlo. Fue uno de mis logros más grandes. A partir de entonces fui independiente de verdad.

En 1966, Gloria Jiménez Pons acudió a la Asociación buscando a una persona para un programa semanal de televisión en vivo y me invitó a participar. El programa *Blanco y Negro* fue uno de los primeros que pasaron en cadena nacional. Contaba con secciones de decoración y gimnasia; la idea era trasladar el formato del programa de radio de la *Doctora Corazón* a la pantalla chica. No funcionó, así que se cambió, para mi fortuna, por una mesa redonda donde se abordaban diversos temas. Un moderador dirigía el debate, con intervenciones de uno o dos artistas de moda, y yo fungía como la opinión “autorizada y profesional”. En ocasiones era la encargada de hacer perfiles psicológicos. Me gustaba ponerle sabor al caldo a la hora de discutir.

Debo confesar que siempre he sido muy coqueta. Para asistir a esos programas me peinaba una peluquera y después me maquillaban en Televisión. Aparecía muy a la moda en la tele. Usaba las faldas cortas y lucía mis piernas como nunca me lo permitió mi madre. A partir de entonces y en vista de que mi situación económica mejoraba, comencé a peinarme, a arreglarme las uñas de las manos y los pies en un salón de belleza.

Con el paso del tiempo esto se convirtió en un ritual. Me hice muy amiga de mi peinador, Luisito, quien abría su salón muy temprano, a las ocho de la mañana, especialmente para atenderme. Mientras cepillaba mi cabello, yo escuchaba sus problemas y lo ayudaba a aceptarse tal como era. Este hombre fue uno de mis más grandes logros como terapeuta. Así la vanidad se mezcló con la profesión.

Nunca volví a permitir que mis manos se vieran descuidadas, ni que mis pies dejaran de lucir algún esmalte de uñas. Comencé a disfrutar el placer de cuidar mi piel. Tengo unos pies privilegiados, suaves y sin ninguna callosidad. Me di el gusto de comprar buena ropa y zapatos de tacón alto. Me gustan mucho los trajes sastre. Desde entonces conozco a una modista, que fue mi vecina en Tacuba, doña Esperancita. Ella me ha cosido ropa muy linda y elegante. Jamás seré la típica abuelita de cabello blanco que se sienta a tejer suéteres para los nietos en un sillón, sino una mujer distinguida y bien arreglada.

Existe algo que es esencial para ejercer la psicoterapia y el psicoanálisis: la buena memoria. Desde que aprendí a los cuatro años páginas enteras de *El Quijote*, para mí memorizar fue de lo más natural. No tenía que hacer mucho esfuerzo. Unas cuantas veces, y listo para la eternidad. Así aprendí mis poemas favoritos y durante las tertulias en casa de mi madre me lucía declamando poemas largos. Algunos señorones se obstinaban en declamar y yo les cedía mi lugar sabiendo que tarde o temprano, luego de sus tropiezos, la gente diría: “Que siga Lolita, ella nunca se equivoca”.

Cuando comencé a dar terapia, no tuve necesidad de hacer notas. Todo quedaba en mi mente, los nombres, las personas y los hechos. Nunca me he confundido con ningún paciente. Sé que hay muchos profesionistas que prefieren escribir. Cuando uno ve pacientes todo el día o tiene dos o tres grupos de terapia a la semana, con ocho gentes cada uno, es fácil perderse. Tengo la fortuna de recordarlo todo y esto me ha servido para aprender conversaciones de memoria y repetirlas íntegras al día siguiente.

En cierta ocasión asistí a una reunión donde un grupo de personas habló sobre el buceo. Describieron perfectamente todo el equipo, el lugar en que se habían sumergido y hablaron un poco de otros sitios. Además nombraron las partes del equipo y dieron otros datos técnicos. Yo jamás me he metido al mar con algo más que un visor, así que al no poder opinar nada me mantuve calladita y escuchando. Al día siguiente asistí a una fiesta en la que una mujer

presumía sin parar de sus viajes. Después de un rato, ya fastidiada, decidí quitarle el micrófono. Entonces conté las aventuras imaginarias de mi último viaje de buceo, repitiendo los datos de la conversación del día anterior. Entre los presentes había un hombre que también tenía alguna experiencia en este deporte, y me dijo que era asombroso que una persona mayor buceara. Comentó que se notaba mi buena condición física. Utilicé con propiedad los términos técnicos y seguí con el cuento. Nadie se dio cuenta de la mentira y yo la pasé muy divertida.

Estoy consciente de que la pérdida de la memoria es parte natural del envejecimiento. Me preocupa que un día no pueda ya recordar lo que me dijeron mis pacientes o comience a mezclar unas historias con otras. Resultaría una tragedia si además se dieran cuenta, pues me abandonarían. ¡Qué terrible olvidar el nombre de las cosas! Hasta hoy, en que ya paso los ochenta, aún me mantengo lúcida. Veo con angustia cómo muchas personas a mi alrededor no sólo pierden la memoria, sino también la razón. Espero que si se me trascuerdan las cosas, también pierda el hilo de mi olvido para no angustiarme.

A mí me interesa prolongarme en el futuro, aunque mi propia vida se acabe. La proyección son los hijos, los nietos, los bisnietos. Esto es la expresión más sublime de Eros, quien a mí me ha colmado de bienes. Aparte de la familia, lo sanguíneo, también están mis alumnos, que son finalmente el receptáculo de mis esperanzas y deseos. Esta Asociación es uno de mis hijos.

Mis hijos crecieron y son profesionistas exitosos. Rebeca Mariana y Jesús Antonio son ingenieros químicos y Salvador es mecánico de vuelo y contador.

En 1957 se casó Rebeca Mariana con Rodolfo, un hombre excelente. A los nueve meses tuve la fortuna de estrechar en mis brazos a mi primera nieta: Rebeca Ángela. Ella inauguró mi vida de abuela. Yo estaba feliz; era una dicha verme perpetuada en la siguiente

generación. Mi madre fue bisabuela por primera vez, así que se juntaron cuatro generaciones de Rebecas: mi madre, mi hermana, mi hija y mi nieta. No durarían mucho juntas, pues mamá murió al poco tiempo.

Los bebés llegaron uno tras otro. Rebeca tuvo cinco niños: Rebeca Ángela, Rodolfo, Lorena, Juan Cristóbal y Adriana. Después llegaron tres de Salvador: Yolanda Yoloxóchitl, Salvador Alejandro y Mario Alberto, y los de Jesús Antonio: Felipe Salvador, Jesús Antonio y Dolores Aurora.

A partir de la llegada de los nietos sufrí pérdidas muy importantes. Se fue mi madre, después mis hermanas y por último mi marido, Salvador. Cuando éste cumplió ochenta años le hicimos un gran festejo en el que reunimos a toda la familia: hermanas, sobrinos, hijos y nietos; estuvo muy emocionado al ver a tantos seres queridos juntos. A los pocos días murió en la casa una mañana, mientras yo trabajaba en el consultorio. A la tristeza de las pérdidas la ha acompañado la alegría de los nacimientos.

Me encontré sola de nuevo y me di cuenta de que había cumplido y estaba en paz, pero no deseaba un nuevo compañero. Mis nietos me animaban, pero yo les contestaba rotundamente que no: “No quiero un joven para mantenerlo ni un viejo para cuidarlo”. Me sentía en el espacio ideal, pero no por mucho tiempo, pues por etapas vivieron en casa mis dos hijos varones y mi nieta Yolanda.

Estoy muy satisfecha con mi trabajo, que al fin me permitió tener una situación económica holgada. Compré un condominio nuevo, en una colonia residencial. Adiós a las virutas y los puercos amarrados. La elegante entrada de mi edificio me hace sentir el abolengo de una condesa, aunque no la de Piedra Gorda. He cambiado mi automóvil varias veces y me he dado el gusto de viajar.

La pequeña Dolores, que sólo tuvo una muñeca, la niña de la vecindad de la colonia Guerrero, nunca imaginó que podría viajar a otros países. En 1961 hice un viaje de estudios a Estados Unidos con un grupo de maestros y luego regresé a California con la familia

de mi hija. Fui a Europa cuando mi nieta Rebeca Ángela cumplió quince años. Hice otro viaje a Europa con mi sobrina, después visité la URSS con mi amiga Evangelina. Conocí Cuba con mi hija, su marido y mis nietos. Regresé a España y Francia con Rebeca Mariana y mi nieta Adriana en un viaje maravilloso, en el que pude conocer las grutas de Altamira. He pasado grandes momentos con mi familia: vacaciones, navidades, graduaciones, nacimientos, bodas, cumpleaños, conciertos, exposiciones y presentaciones de libros. Hemos compartido los atardeceres en el Gran Cañón y las aguas tibias de las playas.

He disfrutado el placer de malcriar y consentir a mis nietos y bisnietos. Disfruto del arte de mis nietos. Contemplo en las paredes de mi casa las fotos y los cuadros de Lorena. Leo los poemas de Rodolfo y escucho la música del violonchelo de Rebeca Ángela y del piano de Juan. He ayudado a todos en la medida de mis posibilidades.

Además de hijos y nietos he escrito dos libros. No más *Doctora Corazón*, hoy en día soy la doctora Sandoval, con libros serios sobre la familia y el divorcio. He asistido a muchos congresos y he presentado mis investigaciones. Tengo artículos sobre psicoanálisis publicados en revistas serias. Me queda, además, la satisfacción de haber apoyado a mis pacientes, y a las víctimas del terremoto de 1985. Cuando la Asociación necesitó ayuda económica, me dio gusto poder hacer algo por una institución que ha formado parte esencial de mi vida y por la que he luchado tanto. Se presentó la oportunidad de que la Asociación comprara el piso del edificio donde trabajábamos y fue imposible conseguir el dinero por medio de un banco. Decidí entonces hipotecar mi casa para realizar la compra. Después la Asociación me fue pagando. En el ámbito profesional me he visto reconocida por colegas y alumnos. He recibido homenajes por mi trayectoria y mi trabajo.

La vida me ha premiado con tres bisnietos, algo que creí inalcanzable. Los he disfrutado, sobre todo a Alonso, porque fue el primero y aún tenía fuerza en mis brazos para cargarlo.

Tengo hijos y nietos exitosos, llevan dentro de sí una parte mía. Han realizado muchos sueños que son extensiones de mi propia vida. Son músicos, ingenieros, doctores, pintores, escritores, diseñadores, todos hombres y mujeres de bien, llenos de ideales. Es una familia de la que me siento orgullosa. Son muy inteligentes y creativos, y yo sé que me quieren mucho. Mi nieta Adriana estudió medicina, no contra la ignorancia ni para curar el alma, sino de la que salva vidas, tal como lo hacía mi padre. Se parece mucho a mí y de alguna forma está cumpliendo mi gran anhelo. Como contraparte de toda esta bonanza, me voy sintiendo disminuida. Sigo yendo a trabajar, pero hace tiempo que ya no manejo. Todavía hace tres días escuché a mis pacientes en el consultorio y asistí a una junta por la noche en mi adorada Asociación.

Tengo los reflejos lentos. Primero me llegó el cáncer en la piel, y aunque me extirparon los lunares y estuve bajo tratamiento, quedé marcada con lo que había detectado en mis pacientes: “Canceroso una vez, canceroso siempre”. Es decir, a partir de este suceso amenazante, cualquier cosa que aparece en nuestro cuerpo nos hace pensar en una posible presencia de ese terrible mal. Después llegó la diabetes y pude entender que una de mis nietas no se ha rendido a la enfermedad gracias a la fuerza interna de mi madre, misma que hemos heredado todas las mujeres de esta familia, ímpetu que ahora a mí me empieza a faltar.

Los jóvenes desplazan a los viejos sin piedad y son tan soberbios que olvidan que tenemos experiencia y que también fuimos jóvenes. Mi hija, la Asociación, me ha hecho a un lado. Siento que he cumplido mi parte. El mundo parece caminar muy rápido para encararlo con esta fragilidad. La vida corre a tal velocidad que apenas alcanzo a ver los sucesos. El tiempo se me escurre como agua entre los dedos. Aparecen nuevos lenguajes y códigos, como los de las computadoras, que me asustan y enfrentan con mi falta de capacidad de adaptación. Estoy agotada.

He visto pasar muchas imágenes volando sobre mi cabeza. Podría evocar muchas más para tratar de no pensar en la realidad: no puedo mover un solo dedo. Deseo con vehemencia comunicarme con mi familia. Sé que todos están en la sala de espera. Los imagino tristes. Han entrado llorosos, de uno en uno. Me han dicho palabras alentadoras. No puedo verlos, pues mis párpados no me obedecen y permanecen tercamente cerrados.

Sus voces me explican una y otra vez que voy a sanar, que salí bien de la operación. No me engañan, pareciera que se lo repiten a sí mismos para convencerse. Yo sé que algo ha pasado, mi cuerpo no responde. Cuando se marchan me quedo perdida, rodeada de oscuridad y olor a hospital.

Lo único que he deseado durante toda mi vida es morir rápido, no sufrir, ni que me mantengan viva cuando ya no pueda valerme por mí misma. Me parece injusto que esto suceda. Entran a pedirme que luche para seguir viviendo. Puedo mover una ceja. Rebeca Mariana, mi hija, habla conmigo. Me pregunta si la escucho y yo la levanto en señal de afirmación. ¡Qué triste manera de comunicarse! Sin embargo, ella está feliz porque la oigo, esto la llena de esperanza. Me hace otra serie de preguntas y respondo con el único músculo que puedo mover. Todos me quieren viva. ¿Así? ¿Para qué? No quiero seguir en este mundo si ya no puedo ser una de sus protagonistas. Me niego a sentarme y mirar pasar la vida. No puedo imaginarme encerrada en mi casa, llena de tubos y lejos de mis pacientes. Se quedarían huérfanos conmigo inválida. Es mejor aceptar la orfandad y hacer el duelo. Sin poder hablar, ni escribir, ni mirar, ¿para qué seguir en esta tierra?

Indefensa y sola de nuevo, ¿por qué nadie me informa qué me ha sucedido?

¿Por qué todos insisten en prolongarme la existencia? ¿Qué derecho tienen a decidir por mí sobre mi futuro? Creí que mi madre ya estaba muerta.

Me besa mi nieta Rebeca Ángela: entró a hurtadillas. Me repite lo que ya he escuchado una y otra vez. Me dice que me necesitan, no los grandes, sino los bisnietos. Respondo con mi ceja.

—¿Me conoces abuela? Soy Becky.

—Sí, sí —voy respondiendo a sus preguntas.

—Te vas a poner bien.

Ese consuelo es falso, lo escucho en su voz.

—Abuela, ¿vas a luchar?

No respondo.

—¡No! ¡No! —grito dentro de mí.

—¿Ya no quieres vivir, verdad?

Levanto la ceja.

—Sí, hija, ya no quiero. No así, no en esta condición.

—Tienes razón, abuela, ya has cumplido, nos has ayudado a todos. No te preocupes por los bisnietos, tienen a sus padres —dice con voz llorosa.

Yo, Lola, pienso que tengo razón, que ha llegado la hora y tú, le digo en silencio, tú tienes que ser valiente, hija. Siento que se acerca a la camilla, me abraza, me besa en la frente. Huele a *Noche de Navidad*, mi perfume favorito, que me devuelve una última oleada de nostalgias estremecedoras. Recuerdo el día que fui abuela por primera vez y sentí su pequeño ser asustado en mi seno. Ahora es el calor de su cuerpo el que me acuna y me reconforta. Me voy cobijada por su amor de madre.

Dios, el destino o las fuerzas determinantes que nos rigen, han sido benévolos conmigo. Los resultados han sido buenos y eso ya es mucho decir. Los bríos se me han acabado, tengo ochenta y tres años. Es hora de despedirme con el final de mi poema favorito:

...Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.

¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

BIBLIOGRAFÍA

- Mata Sandoval, Rodolfo, transcripción de la entrevista realizada a Dolores Sandoval en octubre de 1977.
- Nervo, Amado, *En paz*, México, PROMEXA, 1985.
- Sandoval, Dolores M. de, *El mexicano: psicodinámica de sus relaciones familiares*, México, 1984.
- , *Divorcio, ¿proceso interminable?*, México, Pax, 1990.
- , *Orfandad temprana, sociopatía y contratransferencia*, conferencia.
- , “Historia de la Asociación de Psicoterapia Psicoanalítica”, *Imagen Psicoanalítica*, año 1, núm. 1, México, 1992.
- , Correspondencia con el Dr. Jorge Llanes, de mayo de 1994-mayo de 1998.
- , “Realidad y fantasía durante el proceso psicoanalítico”, *Imagen Psicoanalítica*, año 3, núm. 4, México, 1994.
- , proyecto del libro “El psicoanalista en el diván”.